

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

III

La Novela Semanal Cinematográfica



El
cameraman

por
Rouben Mamoulian
y
Marceline Day
—
50 cts.



EL CAMERAMAN

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18351

□

El Cameraman

Sugestivo asunto, interpretado por

*Buster Keaton, Marceline Day, Harold
Goodwin, Sidney Bracy, Harry Gribbon*



Producción **Metro-Goldwyn-Mayer**

Distribuida por

**Metro - Goldwyn - Mayer
Ibérica, S. A.**

Mallorca, 229

BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tip. Barcelona - Arribau, 206 - Teléfono 78987 - Barcelona

El Cameraman

Argumento de la película

I

Es la época del cameraman. Es la época del cameraman, porque es la época del cinematógrafo.

Los que viven en las grandes capitales tienen un conocimiento directo de lo que el cameraman significa en el presente siglo, porque lo ven pasar frecuentemente en su auto camino del siniestro, del concurso de aviación, del punto de arribo del héroe; porque lo ven afrontar los mayores peligros para tomar una vista o una escena

emocionantes; porque lo ven embarcarse en el rompehielos que pretende romper el misterio blanco del Polo, o en la aeronave que va a batir el record de altura, o en la piragua que va a remontar el Amazonas hasta el corazón de la misteriosa selva, donde lo mismo se puede rodar unos metros de gran valor documental que rodar dentro de un caldero a modo de roshif.

Los que viven en las ciudades sin importancia y en los pueblecillos están también al corriente de ello porque la pantalla se encarga de demostrarles, con la proyección de las emocionantes cintas, el valor y el mérito de quienes las han tomado.

Naturalmente, no nos referimos al cameraman de los estudios, sino al de los departamentos de información, esto es: a los reporteros de la cámara.

Sin embargo, quedan todavía, para que el contraste sea mayor y para que haya de todo en el mundo, esos fotógrafos callejeros que con una especie de ratonera de madera o de hojalata por un miserable real le retratan a uno con el sombrero puesto y

con el sombrero en la mano, fumando puro y sin fumar, sentado y de pie.

Estos fotógrafos no arriesgan nada. Permanecen en medio de la plaza pública o en una avenida del parque tomando el sol tranquilamente. La cámara reposa; el que la maneja llega, a veces, a dormirse.

Estos fotógrafos son el reverso de los inquietos y heroicos *cameramen*.

Pues bien; uno de estos últimos era Buster. Buster era un hombre pacífico, sin ambiciones y que no se había reído nunca.

Además, era un hombre bueno. Tan bueno era, que se resignaba a llevar aquella vida oscura por no impedir con la competencia que otro compañero se viera postergado.

Acaso hubiera también en esta resignación un poco de inconsciencia y otro poco de falta de motivo estimulante. ¿Habría algo mejor que aquello? Y aunque lo hubiera, ¿qué le importaba conseguirlo?

Su cama era un sencillito catre; su comida, un plato de judías con un pequeño adorno de jamón o de carne; su traje, un traje de los confeccionados en serie; pero era

lo cierto que tenía comida, cama y vestido.
¿Para qué quería más?

Buster tenía una mirada triste y expresiva, unas facciones muy recias y viriles y unos músculos de hierro, a pesar de que nunca los había trabajado.

¿Para qué quería más?

* * *

—¿Su retrato al minuto, señorita?

Buster estaba en una calle principal, en una rinconada de la acera donde el tránsito no le molestaba. De vez en cuando, algún transeúnte penetraba en el rincón para encender un cigarrillo o arreglarse los calcetines. Entonces, Buster le proponía fotografiarlo con rapidez y economía.

Ahora se había puesto a tiro una muchacha que entró en el rincón con el propósito de arreglarse una liga y Buster le preguntó:

—¿Su retrato al minuto, señorita?

La joven accedió y Buster metió la cabeza debajo del paño negro.

Pero he aquí que, de pronto, una ava-

lanha humana le arrastró y le llevó en vilo un buen trecho.

Cuando se quitó el paño negro de la cabeza se vió entre un mar de cabezas, junto a veinte fotógrafos y cameramen, y con un



... junto a veinte fotógrafos y cameramen.

cuerpo humano tan pegado al suyo que entre los dos parecían formar uno solo.

Gritos, vítores, confetti. Buster oyó decir que iba a pasar, que ya llegaba el héroe. ¿Qué héroe? No lo pudo averiguar ni le importó averiguarlo. Eso sólo podía in-

teresar a los *cameramen* y a los reporteros gráficos que luchaban a brazo partido por colocarse en la primera fila.

De pronto advirtió Buster que el cuerpo que estaba pegado al suyo y que la cabeza que descansaba en su mejilla, pertenecían a una criatura angelical, dulce, bellísima, cálida, palpitante, perfumada como una flor.

Buster sintió algo que nunca había sentido. ¡Qué hermosísima emoción la que llenó su alma y electrizó su cuerpo! ¡Qué bella era así la vida!

No tuvo conciencia de lo que duró el adormecedor contacto. Sólo supo que de pronto la avalancha humana se puso en actividad y fluyó hacia una bocacalle, sin duda para instalarse en otro punto estratégico por donde el héroe habría de volver a pasar.

De nuevo el paño negro se arrolló a su cabeza y, al quitárselo, se vió solo en la rinconada, entre montones de confeti y frente a la encantadora criatura que le había hecho ver hermosa la vida.

—¿Me permite que le haga un retrato, señorita?

Había en sus palabras un matiz de imploración tan profundo, que la muchacha, conmovida, aceptó.

Buster le hizo el retrato y procedió a revelarlo en seguida, echándose el paño a la cabeza.

En esto apareció uno de los *cameramen* que habían estado momentos antes alrededor de Buster, un muchacho alto y elegante, y, cogiendo a la joven del brazo, la condujo a su automóvil, mientras le decía:

—Vamos, Sally. Quiero ser el primero en llegar a la oficina.

Cuando Buster sacó la cabeza de entre el paño negro sólo pudo ver cómo la joven se alejaba en el auto a una velocidad de ochenta por hora.

II

Permaneció un momento inmóvil, con el retrato en la mano. De pronto, obedeciendo a un impulso instintivo, se echó la máquina auestas y emprendió rauda carrera en persecución del auto.

Naturalmente, el auto corría más que él y le perdió de vista; pero él siguió corriendo, corriendo... Un vivo deseo de no perder la pista de aquella mujer le dominaba.

Por eso corría, corría...

De pronto, se detuvo. Había visto un auto parado junto a la acera, un auto que parecía ser aquel en que la muchacha había huído.

Enfrente había una entrada lujosa, guardada por un engalonado portero.

Buster tuvo una idea luminosa. Se acercó a él y le preguntó, mostrándole el retrato:

—¿Conoce usted a ésta?

El portero miró primero a Buster y después al retrato.

—Lo mistuo puede ser Greta Garbo que mi tía la coja—contestó para demostrarle que la fotografía le parecía malísima.

Buster quedó un momento perplejo. La respuesta del portero no le daba ninguna pista.

Resolvió entrar en la casa. Cargado con la máquina, se detuvo ante una puerta, en la cual se leía: M. G. M. Aquello le sonó a casa de películas y, creyendo recordar que en el auto en que huyera la joven se veía una cámara cinematográfica, entró, dispuesto a enseñar el retrato al primero que se tropezara.

Pero no tuvo que enseñar nada. La muchacha estaba allí, junto al mostrador. Se veía que era la encargada de recibir al público.

Tardó buen rato en atreverse a interrumpirla. No sólo por timidez, sino porque así,

con la cabeza baja y los sombríos ojos entornados ¡estaba tan hermosa!

Aun no se había cansado de contemplarla cuando Sally alzó los ojos y se mostró



La muchacha estaba allí, junto al mostrador.

muy sorprendida al verle, muy agradablemente sorprendida.

Aquel hombre la atraía por su bondad y por su tristeza. También ella era buena, con esa bondad dulce y tierna que sólo es

patrimonio de las madres o de las que han nacido para serlo.

Buster le tendía el retrato. Ella lo tomó y fué a pagarle, pero él se le adelantó:

—No tiene que pagarme nada. Este retrato es un regalo que me permito hacerle.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

Buster la saludó. Ella contestó al saludo. Pero Buster no se decidía a marcharse y Sally no se decidía a dejar de mirarle y sonreírle.

—El caso es... —dijo el fotógrafo volviendo de nuevo al lado de Sally— que quisiera hacerle otro retrato cuando saliera de aquí.

—No saldré hasta dentro de tres horas.

Y cuando creía que Buster se despediría para volver o le preguntaría dónde la podría encontrar, oyó que contestaba:

—Es igual. Esperaré.

Y para demostrar que era hombre que hacía lo que decía, se sentó en un banco que había junto a la puerta.

Sally reanudó la interrumpida tarea. Buster se dedicó a contemplarla. Vió de pronto que un joven se acercaba a ella y se

sentaba en el brazo del sillón y le hablaba en voz baja. Buster le recordó. Había visto aquella cara en el grupo de *cameramen*, cuando la avalancha humana cayera sobre él. Sin duda, era el mismo que se había llevado a la muchacha en el auto cuando él iba a entregarle la fotografía.

Oyó Buster que el joven pronunciaba el nombre de Sally y lo guardó como un tesoro en su memoria. Después oyó que Sally pronunciaba el de Stagg con una confianza que le desagradó.

Era evidente que entre Stagg y Sally existía un fuerte lazo de intimidad. Era evidente que Stagg cortejaba a Sally y que a Sally no le molestaba el cortejo.

Los tristes ojos de Buster se entristecieron mucho más al hacer estas consideraciones y por primera vez en su vida tubo envidia de algo. Envidió a Stagg, a aquel joven arrogante que tenía automóvil por haber llegado muy alto en su oficio.

Ahora, en vez de decirse "¿para qué más?", se dijo: ¿Es necesario más?

Siendo un simple fotógrafo no podría luchar con aquel gran cameraman.

Este se había dejado la cámara apoyada en el mostrador y Buster, llevado de una irresistible y nueva curiosidad, se acercó a examinarla.

¡Qué máquina tan estupenda! En su vida había visto cosa igual. A buen seguro que aquella máquina valdría el doble que la suya. En vez de disparador tenía un pequeño manubrio. Era de un metal brillante y sólido. ¡Qué máquina tan estupenda!

Absorto en el examen estaba cuando notó que le daban un empujón.

—Oiga, pollo. ¿Qué hace usted en mi cámara? ¿No ve usted que la va a oxidar con el aliento?

Era Stagg, el magnífico Stagg, el envidiado Stagg.

Buster no se sintió ofendido por aquel trato violento, sino que preguntó humildemente:

—¿Podría yo trabajar aquí, como usted? Yo también soy fotógrafo.

Stagg se echó a reír.

—¿Trabajar usted aquí con esa cacerola que quiere ser una máquina?

Se echó la cámara al hombro, saludó cariñosamente a Sally y salió.

Buster estaba descorazonado. ¿Por qué no serviría su máquina?

La joven, compadecida de él, le explicó:

—Para ser operador de esta casa hace falta tener una cámara cinematográfica como la que tiene Stagg y no una máquina como la de usted.

Buster vió el cielo abierto.

—¿Sólo eso hace falta, señorita Sally? Verá usted qué pronto lo resuelvo. Vuelvo en seguida.

Salió corriendo a la calle y no cesó de correr hasta llegar a una tienda donde vendían cámaras cinematográficas.

En el escaparate vió una que le gustó. Era igual que la de Stagg.

Entró muy animoso, pero salió en seguida cabizbajo, al mismo tiempo que una mano cruel colgaba en la preciosa cámara un cartelito que decía: "1.400 dólares".

Habría andado unos cincuenta pasos cuando se detuvo en el escaparate de otra tienda donde también había cámaras cine-

matográficas, de una de las cuales pendía un letrero que decía: "40 dólares".

Instintivamente se llevó la mano a la cartera y, al comprobar que llevaba en ella todos sus ahorros, penetró en la tienda y salió inmediatamente provisto de su cámara.

Rebosante de alegría y de confianza en sí mismo, volvió a la "M. G. M.", y esta vez no se detuvo detrás del mostrador, sino que lo abrió y penetró hasta donde estaba Sally.

—Ya tengo una cámara. Ya soy lo mismo que Stagg.

En esto notó que le daban unos golpecitos en el hombro y al volverse oyó que un caballero le preguntaba:

—¿Qué hace usted aquí?

Pero Buster no estaba dispuesto a aguantar impertinencias de nadie.

—No se meta donde no le llaman, señor. Estoy esperando al director.

—Pues no espere usted más. Aquí lo tiene usted.

—¿Dónde?—preguntó Buster, mirando a un lado y a otro.

—Aquí, pues el director soy yo.

Ni siquiera esta plancha logró amilanar a Buster.

—¡Hombre! ¡Tanto gusto! Quisiera que me diera usted trabajo.

El director le miró de arriba abajo y



—... *Estoy esperando al director.*

después hizo lo mismo con la cámara de cuarenta dólares.

Algo vió en ella que le movió a responder:

—Esta es una casa seria y aquí no hay trabajo para usted.

Y le volvió la espalda, después de indicarle con un gesto el camino de la puerta.

Buster se volvió a sentar en el banco y se dispuso a esperar de nuevo a que Sally terminara su trabajo.

De pronto sonó el timbre del teléfono de Sally y ésta, después de breve comunicación, lanzó esta exclamación tremenda:

—¡Hay un incendio formidable en el almacén central!

Inmediatamente, de diversos departamentos de la oficina salieron hasta ocho reporteros provistos de sus cámaras y todos desaparecieron rápidamente por la puertecilla de entrada.

Sally llamó a Buster.

—No hay tiempo que perder. Vaya usted a tomar vistas del incendio. Si son interesantes, el director se las comprará, aunque no pertenezca usted a la casa.

Buster, entusiasmado, se echó la cámara al hombro, se puso la gorra del revés, como todo buen cameraman, y salió, después

de dirigir a Sally las siguientes palabras con tono napoleónico:

—Estoy seguro de que triunfaré.

Pero tan aprisa quiso salir y con tanta energía cerró la puerta, que el cristal de ésta tropezó con la cámara de 40 dólares y se hizo trizas.

Nefasto principio para el nuevo cameraman.



III

Buster procuró escabullirse antes de que en el interior de la oficina se pudiera saber quién había sido el autor de la rotura.

Salió de estampía a la calle y se encontró de pronto en medio de la populosa avenida, entre estrepitosos torrentes de autos, con la cámara al hombro y la gorra del revés... y sin saber a dónde ir.

Todo lo que Buster sabía era que se había declarado un formidable incendio. ¿Pero dónde? En vano miró en todas direcciones, colocándose la mano sobre la frente a modo de visera, en vano olfateó el aire para percibir el olor a chamusquina...

De pronto le dieron en el hombro unos golpecitos y se volvió rápidamente, tan rápidamente que dió un trastazo con la cámara.

ra en la cabeza del que le había llamado, el cual resultó ser un guardia de la porra.

Quedó el agente medio grogy y todavía no se había repuesto del todo cuando Buster le preguntó:

—¿Dónde está el incendio?

—¡Vaya usted al diablo! Lo que tiene que hacer es irse a la acera en seguida.

—No puedo ir a ninguna parte más que al incendio. Soy cameraman de la M. G. M.

—¿Pero quién le ha dicho a usted que hay un incendio?

—Me lo han dicho allí.

Al volverse para señalar las oficinas de la M. G. M. dió un segundo trastazo con la cámara al policía y éste se tambaleó.

Buster comprendió que estaba haciendo oposiciones a una plaza de presidio y estuvo un momento pensando de qué modo pediría perdón a aquel guardia, que salía de las puertas del k. o. para entrar en el estado de étergúmeno.

De pronto sonó la campana de los bomberos y vió que pasaban los autos del servicio de incendios con su acostumbrada velocidad.

Todas sus dudas quedaron instantáneamente resueltas. Dió otra rápida media vuelta enviando al policía por tercera vez al asfalto y de un tremendo salto ganó el estribo de uno de los autos, desde donde vió cómo el guardia le hacía señas que no eran precisamente de cariño.

Era de ver la actitud carlomágica del cameraman. De pie en el estribo, erguida la cabeza, la mirada en el horizonte, se diría que era Orlando cuando, furioso, se dirigía a libertar a Jerusalén.

De pronto, vió que el auto se metía por una puerta y paraba en seco. Se halló en el retén de los bomberos. Lo comprendió todo. Aquellos autos no iban a apagar ningún incendio sino que regresaban al retén después de haberlo apagado.

¿Cahía desgracia mayor?

Decidió llenar un rollo fuera como fuera y se dirigió a un estadio. Pero dió la casualidad de que no había partido y tuvo que tomar un nuevo rumbo.

Estuvo en una piscina, en unas carreras

de caballos, en varios puntos estratégicos de la capital, de donde tomó varias vistas del tráfico.

Vió un grupo de curiosos ante una puerta y se detuvo.

—¿Qué pasa aquí?

—Que va a salir nuestro almirante.

Magnífica ocasión. *Apuntó*, vió aparecer a un caballero lleno de galones dorados y comenzó a rodar al mismo tiempo que se acercaba a él hasta casi aplicarle el objetivo a las narices. Cuando ya le dolía la mano de tanto rodar, vió que el caballero de los galones se cuadraba militarmente y abría la portezuela del auto a otro caballero de paisano. El auto partió y el *caballero* de los galones se quedó mirando cómo se alejaba. Después escupió por un colmillo y se limpió el sudor de la frente con la manga. Y entonces comprendió Buster que había gastado varios metros de película en un miserable ujier.

Después quiso tomar la botadura de un barco y se botó también a sí mismo, pues se colocó en una plataforma colgante que estaba sujeta al barco.

De allí pasó al cuartel de la armada y se instaló en un punto estratégico del campo de prácticas para tomar algunos disparos de un descomunal cañón que estaba funcionando.

Pero no vió que se había situado al lado mismo de otro que también funcionaba y demostró que a veces el hombre puede volar sin alas.

Destrozadas las ropas, lleno de chichones y desolladuras, se presentó a la M. G. M. y entregó el rollo al director.

—Véala usted y me la comprará. Es lo más grande que se ha hecho hasta el día.

El director, al ver el estado del cameraman, se dijo que aquel hombre le debía de traer lo menos un combate de Tunney tomado a dos milímetros de distancia y le prometió pasar la película al día siguiente en la sala de pruebas de la M. G. M.

Buster había pisado el primer escalón en la escala de la gloria.

IV

Al día siguiente, Buster fué el primero en asistir a las oficinas de la M. G. M. y cuando el director le hizo pasar a la sala de pruebas, se instaló en primera fila.

Detrás se había sentado Sally, y Stagg a su lado. El director y algunos técnicos de la casa ocupaban la última fila.

Buster se sentía héroe. Se apagaron las luces. El foco se proyectó en la pantalla.

Lo primero que se vió en ella fueron una serie de pies, después unos caballeros que andaban inclinados como la torre de Pisa.

Apareció en seguida una carrera de caballos; pero, ¡cosa rara!, los caballos corrían hacia atrás. Después una calle populosa en que autos y transeúntes iban a qui-

nientos metros por hora. Después, en compensación, otra calle en que las personas necesitaban cinco minutos largos para poner un pie delante del otro.

Cuando vió un barco filtrándose como el Comendador a través de los muros de las casas, lo que probaba que Buster había rodado dos veces los mismos metros de película, el director mandó parar la proyección y mandó a Buster a... Chicago (ustedes ya me comprenden).

Salió de la M. G. M. dominado por honda angustia y, depositando la cámara junto a aquella puertecilla en cuyo nuevo cristal se leía el nombre de la casa, se dió a pensar en su infortunio.

Todo perdido.

¿Habría perdido también a Sally?

De pronto, obtuvo la respuesta de esta pregunta. Oyó junto a su oído la dulce voz de la muchacha.

—No se desanime usted. Otra vez lo hará mejor.

—¿Usted cree? —inquirió, lleno de esperanza.

—Claro que sí. Todos, en sus comienzos,

echan a perder muchos metros de película.

—¡Cuánto me alegraría, Sally, de no dejarla a usted mal!

—Lo primero que ha de hacer, es rodar siempre la manívela hacia adelante, para



—No se desanime usted. Otra vez lo hará mejor.

que los caballos no corran hacia atrás. Y siempre a la misma velocidad. Así no ocurrirá que unos corren a quinientos por hora y otros tardan un día para bostezar.

Tampoco debe usted rodar dos veces la misma película...

—Gracias, Sally. Tendré bien presente lo que me ha dicho, y le aseguro que llegaré a hacerlo tan bien como Stagg.

Sally le tendió la mano y él la retuvo.

—Sally... yo... como mañana es domingo... quisiera que saliéramos juntos de paseo...

—¡Cuánto lo siento, Buster! Estoy comprometida para salir con Stagg... Sin embargo, deme el número de su teléfono, por si puedo evadir el compromiso.

Buster le apuntó el número muy emocionado y vio cómo la gentil Sally desaparecía tras la puertecilla donde campeaban las letras de la M. G. M.

Estuvo un buen rato absorto en su felicidad. Después se echó la cámara al hombro y lanzó un suspiro mientras giraba sobre sus talones.

Un ruido de cristales le hizo volver la cabeza y vio con terror que había vuelto a romper con la cámara de 40 dólares el cristal donde campeaban las letras M. G. M.

Echó a correr y no paró hasta hallarse

en su humilde habitación, la cual se hallaba a dos kilómetros largos de la M. G. M.

Buster, hecho un cromo, esperaba en su alta habitación que sonara el timbre del teléfono, el cual se hallaba cinco pisos más abajo, es decir, en la portería.



—... quisiera que saliéramos juntos de paseo.

Un sombrero negro que era flexible pero que parecía cordobés. Una americana muy ceñida y del mismo color. Unos pantalones negros. Una corbata tan tenebrosa

como una noche sin luna. Y, para que no fuera todo negro, unos calcetines blancos y unos zapatos de color de fresa.

Sally no le había asegurado que telefonaría, pero él, por si acaso, estaba listo hacía tres horas.

Había abierto la alcancía después de grandes luchas, pues la cerradura estaba más fuerte que un tornado y llevaba en uno de sus bolsillos cien monedas de plata.

De pronto sonó el timbre del teléfono y Buster bajó los cinco pisos en cinco segundos.

Atropelló a la portera, rompió el cordón del auricular, a causa de la emoción que le produjo el oír la voz de Sally, que le anunciaba haber podido evitar el compromiso, y salió de estampía.

Varias veces hemos aludido a la ligereza de Buster, pero sólo ahora podrá el lector formarse una idea de cómo corría el héroe de la cámara.

Cruzó la ancha calle entre saltos, uno de los cuales fué preciso darlo por encima de un pequeño automóvil que se le interpuso. Con extraordinaria agilidad sorteaba a la

multitud y saltaba todo cuanto se cruzaba en su camino.

Tardó medio segundo en llegar al final de la calle, donde había una inmensa plaza. En medio de ella vió una cara inquietante y conocida: la del guardia al que había enviado al asfalto por tres veces el día de su debut.

El guardia, que le había reconocido así mismo, se fué hacia él con los brazos abiertos y la porra en alto.

Pero Buster no hallaba en aquellos momentos nada que le detuviera en su carrera hacia la felicidad.

Con un quiebro digno de Lalanda, evitó al policía, el cual cayó una vez más al asfalto, aunque esta vez de bruces, y siguió corriendo, corriendo...

Sus pies semejaban la hélice de un avión y en cada zancada se comía dos metros. Daba la sensación de volar, como las golondrinas, a ras de tierra...

Cuando llegó a casa de Sally, advirtió que ésta continuaba en el teléfono y decía:

—¿Me ha oído, Buster? ¿Por qué no contesta?

Debía de llevar lo menos un minuto repitiendo aquellas mismas palabras, porque colgó el auricular con un gesto de desesperación.

Al volverse y ver a Buster, sacudió la cabeza y se pasó una mano por los ojos.

—¿Estaba usted aquí?

—No, Sally. Estaba en casa. Perdón si la he hecho esperar.

Sally se asomó a la puerta. Esperaba ver allí un automóvil o un autogiro.

Cuando Buster le aseguró que no había utilizado vehículo alguno, tardó varios minutos en salir de su estupor.

¿Se había hecho amiga de un hombre o de un cohete?

* * *

Lo primero que hicieron fué tomar un autobús, y allí empezaron las calamidades.

En la parada no había nadie. Por eso subió Sally con calma y Buster esperó a que ella hubiera subido para subir él.

Pero, de pronto, un alud de gente echó a Buster a un lado y arrastró a Sally al

lado del conductor, donde se tuvo que sentar, impulsada por una señora de cien kilos.

Si Sally fué atropellada por semejante monumento humano, Buster fué víctima de un gigante más forzado que Sansón, que le llevó sin darse cuenta al imperial, como si Buster fuera un cabello que se le hubiera pegado a la solapa casualmente.

Arrancó el autobús y Buster se dió a pensar en el modo de reunirse con Sally, la cual era evidente que estaba en los asientos de abajo.

Primero había que averiguar dónde caía el puesto que la joven ocupaba y para ello Buster asomó la cabeza y medio cuerpo, pudiendo ver que Sally estaba precisamente debajo de él.

No tuvo Buster que pensarlo mucho para montarse en la baranda del imperial y, haciendo el hombre-mosca, descolgarse hasta la ventanilla en que estaba Sally. Pasó el brazo por la barra que separaba a aquella ventanilla de la contigua y, colgado de este modo, continuó su viaje y su conversación con Sally.

De pronto vió un guardia que le miraba y se restregaba los ojos para volver a mirarle, como si fuera víctima de una alucinación. Era el policía del incendio y el que momentos antes había intentado detenerle.

—O ese hombre es un fantasma o estoy yo loco—exclamó el agente descargando furiosamente la porra contra el suelo.

Poco después, llegaron a un establecimiento de baños. Habían convenido refrescarse un poco.

Se separaron porque en aquel lugar, propicio a las locuras, los hombres no podían estar cerca de las mujeres. Cada uno se fué a su departamento, prometiendo reunirse en la piscina.

Sally tuvo la suerte de encontrar caseta en seguida y se vistió en un santiamén. El bañador, corto y ceñido, parecía acariciar su cuerpo ligero y estatuario. Hubo en seguida gran agitación en el agua. Todo el elemento joven y masculino que estaba en la piscina, salió a comprobar si aquello era en realidad una mujer o un sueño.

No habían logrado resolver aún estas dudas, cuando apareció Buster y entonces no

vacilaron en decirse que aquello era una pesadilla.

Dentro del bañador que llevaba hubieran cabido cuatro personas de su corpulencia y dos de su estatura.

Sally permaneció un instante estupefacta, pero los *donjuanes* que la rodeaban se echaron a reír, y entonces no vaciló en cogerse de la mano y en pasear con él por el borde de la piscina, a la que acabó por lanzarse en un magnífico salto.

Buster quiso hacer más. No se conformó con lanzarse, sino que subió a la palanca, desde donde pensaba dar un magnífico y doble salto mortal.

Pero no pasó de descarlo. Al tomar carrera, midió mal la distancia y antes de hacer la flexión, se encontró con que la madera faltaba debajo de sus pies y caía haciendo una pirueta completamente distinta a la que tenía pensada, y mucho más grotesca.

Y no fué esto lo peor, sino que al caer, el bañador tomó aire, se hinchó como un globo, y al tropezar con el agua, dejó escapar su contenido, es decir, a Buster, que se

encontró de pronto tan limpio de ropa como un angelito.

En vez de acercarse a Sally, huyó de ella como huyó de todos los demás que llenaban la piscina, y permaneció en un rincón hasta que una voluminosa bañista le fué deparada por el azar para salvarle.

Era una dama que podía ser hermana de Matusalén por sus años, y que, como tal, vestía el traje de baño antiguo, es decir, ese traje de baño que sólo se ve en algunas provincias de terecer orden y en los que entra tanta tela como en la construcción de una tienda de campaña.

Se instaló Buster al lado de la escalerilla y cuando la dama, después de muchas vacilaciones, decidió lanzarse, él buceó, cogió sus pantalones por los flecos y tiró de ellos suavemente.

Poco después, cuando la dama, ya repuesta de la impresión, se daba cuenta de que le faltaba la mitad principal del traje, Buster llevaba puesto un originalísimo bañador, que se ajustaba debajo de los brazos mediante una cinta.

Sally no tuvo valor para seguir sopor-

tando las burlas de la gente y resolvió dar por terminado el baño, ya que sólo así podría lograr que Buster se quitara aquel bañador carnavalesco.

Estaba visto que la fortuna les había vuelto la espalda. Apenas hubieron salido de la casa de baño, el cielo se cubrió de nubes amenazadoras y un par de truenos formidables les convenció de que aquello iba de veras.

—Debemos irnos a casa en seguida, Buster. Esto se pone muy feo.

—Como usted guste, Sally. Con tal de que usted no se moje, todo me parece bien, incluso que nos separemos.

Apareció entonces Stagg en su *Roaster*, y al ver a Sally detuvo el auto.

—Ven, Sally. Te llevaré a casa.

Por toda respuesta, Sally señaló a Buster y Stagg replicó con un gesto de disgusto, al mismo tiempo que bajaba del auto y levantaba el asiento trasero:

—Tu amigo puede ir aquí.

Subieron los tres en el coche, y éste partió.

Inmediatamente un nuevo trueno se re-

solvió en agua, y ésta comenzó a caer en torrentes sobre los hombros de Buster, el cual soportaba impávido el diluvio, porque en aquel momento un dolor inmenso embargaba su alma: el dolor de saber que Sally iba al lado de Stagg en la intimidad del interior del coche.

Varias veces quiso Sally parar para poner remedio al remojón de Buster, pero Stagg no le hacía caso y continuaba cada vez más velozmente y cada vez más apretado contra Sally.

Cuando al fin llegaron a casa de la muchacha, Buster chorreaba agua por todos sus miembros. Daba lástima verle. Sally, realmente compadecida, sacó un pañuelo y comenzó a secarle las manos.

—Siento muy de veras que se haya usted mojado, Buster. Hubiera preferido que nos mojáramos los dos.

—Lo que acaba usted de decir basta para que yo me alegre de haberme mojado.

—Suba usted a mi casa. Mi padre le dejará un traje mientras se le seca ese.

—No, Sally. No quiero que me vean así

en su casa. Prefiero marcharme a la mía. Allí me secaré.

—¡Pobre Buster!

Le estrechaba las manos y le miraba compasivamente, amorosamente.

—Le aseguro a usted, Sally, que me siento muy feliz al verme compadecido por usted.

Entonces sucedió algo en que Buster no se había atrevido ni siquiera a soñar. Sally avanzó la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

Seguidamente, Stagg le tendió la mano, para poner fin a aquella escena para él desagradable y la muchacha desapareció seguida del Don Juan, por la puerta de su casa, y allí quedó Buster, aturdido, trémulo de emoción, incapaz de creer en la inmensa felicidad que inundaba su alma.

V

Así estuvo no sabía cuánto tiempo y tan absorto se hallaba, que no se dio cuenta de que a él se acercaba una persona que le era muy conocida. Esta persona era el guardia que tantas veces y en tan críticos momentos se había tropezado.

Al verle allí, inmóvil bajo la lluvia, el gendarme quiso salir de dudas de una vez respecto al estado mental de aquel hombre que se le aparecía en todas partes.

Se acercó, le golpeó en un hombro, y al ver que el cameraman no daba señales de vida, le agitó fuertemente.

Pero tampoco así consiguió nada. Dijérase que el alma de Buster estaba ausente y que su cuerpo era una cosa sin vida.

El guardia realizó toda clase de pruebas para ver si Buster había perdido realmente el dominio de sus miembros, y en ninguna dió Buster señales de vida.

Resolvió conducirlo a la casa de socorro,



Seguidamente, Stagg le vendió la mano.

muy contento al pensar las herejías que los médicos harían con él, cuando el joven lanzó un hondo suspiro y volvió a la vida.

El guardia se rascó la cabeza. ¿Le estaría tomando el pelo aquel hombre? En su vida

se había tropezado con un tipo tan raro.

—¿Qué hace usted aquí, plantado como una estatua?

—¡Oh, qué hermosa es!

—¿Quién es hermosa?



El guardia realizó toda clase de pruebas...

—Lo del bañador ha sido un gran apuro.

—¿Pero qué demonios está usted diciendo?

—Me lo ha dado en la mejilla derecha.

El guardia, perdida la paciencia, decidió

poner término a las burlas o a las locuras de aquel desdichado y levantó la porra.

Pero tampoco ahora se salió con la suya.

Buster volvió a tiempo en sí, y al ver el rostro de su terrible enemigo, salió de estampía.

El guardia quiso seguirlo, pero todo lo que consiguió fué resbalar y caer de bruces.

Estaba visto que contra aquel hombre nada se podía.

El único consuelo que halló fué el de sacar el revólver y repasar el cargador concienzudamente.

—Otra vez—se dijo—no perderé el tiempo con vanas palabras.

* * *

A la mañana siguiente, el cameraman se presentó en la M. C. M. como si nada hubiera pasado el sábado, siendo así que había pasado mucho: se pasó su inolvidable rollo.

El director le echó a cajas destempladas. Pero, ¿qué se le habría perdido allí a aquel tipo?

—¡Es usted de una terquedad desespe-

rante! ¿Tiene la bondad de largarse al mismísimo infierno?

Sally sufría lo indecible. Comprendía que si defendía a Buster correría su misma suerte y tenía que ver, oír y callar.

Buster se sentó en el banco del vestíbulo. Aquel recinto era para el público y nadie podía impedirle que estuviera allí.

Dirigía a Sally miradas llenas de amor y de tristeza cuando sonó el timbre del teléfono y vió que la muchacha descolgaba el auricular. Comprendió por su semblante que acababa de recibir una noticia sensacional y le extrañó que no diera la voz de alarma como el día del incendio.

En vez de hacerlo así, la llamó por señas y le dijo confidencialmente:

—Esta noche, en la fiesta del Barrio Chino, ya a haber movimiento. Vaya usted. No diré nada a nadie y así será usted solo en tomar lo que suceda.

—¡Oh, Sally! Esto significa para mí una gran oportunidad. ¡Qué buena es usted y cuánto... y cuánto... la aprecio!

—¡No pierda tiempo, Buster!

Y Sally miraba a un lado y a otro para

cerciorarse de que nadie la había visto hablar con Buster.

—Gracias, Sally. Me siento fuerte y feliz. Estoy seguro de que hoy triunfaré.

Se echó la cámara al hombro y fué a salir precipitadamente, pero se detuvo.

¡No, aquel día no rompería el cristall!

Dejó la cámara a un lado, abrió la puerta completamente, volvió a coger el aparato rodeándolo con ambos brazos y salió sin detenerse hasta llegar dos metros más allá de la puerta.

Muy satisfecho y con gesto de triunfo se echó al hombro la cámara.

Entonces se introdujo por no sabía dónde una ráfaga de viento, azotó la puerta, ésta se cerró violentamente y el cristal cayó hecho añicos.

* * *

Corrió, corrió...

Al doblar una esquina se le enredó algo a los pies y cayó cuan largo era.

Vió que junto a él había un mono exánime y que un hombre le increpaba furiosamente.

—¡Me ha matado el mono! ¡O me trae usted otro igual o le mando al otro mundo!

Un guardia intervino y arregló el asunto haciendo a Buster pagar el mono a su dueño y obligándole a cargar con el cadáver, puesto que era suyo.

Buster pensó dejar al animalito en una esquina apenas el guardia desapareciera, pero he aquí que el cuerpo inanimado se animó de pronto y dió a Buster tales muestras de afecto, que el cameraman resolvió quedarse con él.

Era como si el animalito hubiera sabido ver la bondad que llenaba el corazón de Buster, después de haber conocido la crueldad de su antiguo dueño, el cual sólo le quería para hacerle danzar en la vía pública, es decir, para explotarle.

* * *

En el Barrio Chino sucedió lo que Sally le había anunciado. La fiesta comenzó muy bien, pero en seguida se armó un cisco entre las diferentes sectas amarillas que obligaron a Buster a refugiarse en una de las

barricadas que se levantaron como por arte de magia.

Si algún defecto tenía Buster no era el de la cobardía y así pudo estar dando vueltas a la manivela hasta hartarse, indiferen-



... se armó un cisco entre las diferentes sectas...

te a los disparos en serie de las ametralladoras y a los puñales y cuchillos que cruzaban el espacio como mortíferos cometas.

Dios le dió suerte y su serenidad y su valor no hallaron obstáculo para tomar magníficos primeros términos en que se veían perfectamente las manos homicidas clavando puñales y apretando gatillos.

La nutrida lluvia de balas le había quemado las ropas y los cabellos y le había hecho cisco el trípode de la cámara, pero su piel estaba intacta. Al mono le sucedió otro tanto.

Terminaba la batalla y aun le quedaban metros de cinta por impresionar. Tuvo una buena idea. Subió a una casa cuyas ventanas daban al foco de la lucha, arrojó por ellas unas cuantas bombillas, que al producir disparos en sus estallidos, animaron la contienda y dió fin al rollo.

Cuando se volvió, disponiéndose a volver a la M. G. M. se vió cercado por media docena de feroces chinos que le miraban con una fijeza nada tranquilizadora.

Todos estaban provistos de armas blancas y uno de ellos levantó la suya riendo siniestramente.

De un salto se agarró Buster al cuello de otro oriental, en un movimiento instintivo

de demanda de protección, pero el protector, en vez de protegerle, levantó el cuchillo.

Se vió perdido y cerró los ojos. Pero he aquí que de pronto se oyeron disparos y



... se agarró Buster al cuello de otro oriental...

carreras y cayó al suelo con su agresor, sin que el brazo de éste continuara el camino emprendido.

Al abrir los ojos vió que había llegado

la policía, salvándole de una muerte segura y tanta fué su gratitud que se arrojó en brazos de uno de los agentes.

¡Horror! El agente resultó ser el que tantas veces se había tropezado y el que tantos motivos de venganza tenía contra él.

Pasado el primer instante de sorpresa, el guardia se echó a reír, se asomó a la ventana, hizo subir a dos mozos de la ambulancia y les dijo:

—Llevaos a este hombre al manicomio. Está más loco que una potrada.

Lo encerraron en el auto y el guardia se instaló en el estribo trasero para guardar las puertas.

Menos mal que Buster era delgado y pudo huir por una ventanilla.

VI

Cuando, después de hacer una entrada napoleónica en la M. G. M. vió que la caja metálica que debía contener el valioso rollo estaba vacía, creyó desmayarse.

Habían acudido todos a sus llamadas, al saber que Buster había tomado lo que nadie pudo tomar, por no estar prevenidos, y no es para dicha la indignación del director al ver que su última esperanza se desvanecía.

—¿Pero quién le manda a usted meterse en camisa de once varas?—exclamó para desahogarse—. ¿No le he dicho a usted que no sirve ni siquiera para tostar café? ¿Quién le ha dicho a usted que fuera al Barrio Chino?

—La señorita Sally—repuso Buster ingenuamente.

El director se quedó mirando a Sally fijamente.

—¿De modo que usted sabía la noticia y no la ha comunicado a los operadores de la casa?



...vió que la caja que debía contener el valioso rollo estaba vacía.

Sally había abatido la cabeza y Buster se dio cuenta de su indiscreción.

El mono le abrazaba como si quisiera aliviarle su profundo pesar. Buster corres-

pondió con una triste caricia, se echó la cámara al hombro lentamente y dijo:

—No riñan a la señorita Sally por mí. Les aseguro que no volveré a molestarles más.

Y se fué.

Por primera vez no rompió el cristal en que campeaba el nombre de la M. C. M.

* * *

Se hallaba al día siguiente en la playa para tomar unas regatas importantes cuando, al ver que el mono revolvía su cartera, tuvo una inspiración. ¿Habría quitado él el rollo de la cámara, substituyéndolo por una caja vacía?

En seguida pudo convencerse de que así había sucedido. Allí, en la cartera, estaba el rollo impresionado la tarde anterior.

No pudo tomar determinación ninguna porque las regatas habían comenzado y tuvo que atender a la cámara.

De pronto, vió pasar a Stagg y a Sally en una de las canoas y más inopinadamente aún, sucedió algo que le movió a dejar la manivela.

Al virar la canoa, los dos tripulantes habían caído al mar y la lancha de motor comenzó a trazar círculos en torno de ellos, círculos vertiginosos y fatales que se estrechaban, se estrechaban...

Stagg logró atravesar el camino de la canoa y dirigirse a nado hacia la playa. Sally se había desvanecido en medio de la fatídica circunferencia.

No vaciló Buster un segundo. Se internó en el mar, nadó furiosamente y logró salvar a Sally burlando por dos veces la embestida de la canoa, una al entrar en el estrecho círculo y otra al salir arrastrando el cuerpo exánime de Sally.

La depositó en la arena y corrió a una cantina próxima en busca de algún remedio para su desmayo.

Entonces volvió Stagg en sí de su aturdimiento y al ver a Sally a su lado experimentó un profundo asombro que no le impidió acercarse a ella y pasarle un brazo por los hombros para tratar de volverla en sí.

Sally abrió los ojos. Lo recordó todo en

seguida y al ver a Stagg a su lado exclamó:

—¡Gracias, Stagg! Te debo la vida.

Cuando Buster volvió con varios frascos de sales diferentes sólo pudo ver como Sally y Stagg se alejaban amorosamente enlazados.

Cayó de rodillas en la arena y permaneció un instante como hipnotizado.

Entretanto, el mono rodaba la manivela que él había abandonado para salvar a Sally.

* * *

Buster envió los dos rollos a la M. G. M. en calidad de regalo por las molestias que les había producido y se instaló de nuevo en una acera para hacer retratos al minuto.

El director estaba en aquel momento en la sala de pruebas y dió los rollos al operador.

—Páselos también. Nos reiremos un rato.

También estaban en la sala Sally y Stagg, cogidos amorosamente del brazo. La gratitud de la joven era tanta, que no podía menos de corresponder al amor de Stagg.

Cuando el director vió las emocionantes escenas del Barrio Chino quedó tan asombrado que no supo qué decir.

A Sally y a Stagg les pasaba algo parecido, pero la impresión de ellos fué mucho mayor cuando pasaron la cinta que Buster comenzó a impresionar y que acabó de rodar el mono.

Se veía en ella claramente cómo Stagg huía a la playa abandonando a Sally y cómo la salvaba Buster.

Sally se deshizo rápidamente del brazo de Stagg y exclamó:

—Es preciso que busquemos a Buster.

—¡Naturalmente! — convino el director—. Hemos de desagraviar al héroe.

Sally salió velozmente y no paró hasta encontrar a Buster.

Se arrojó en sus brazos, le cubrió el rostro de besos y exclamó:

—¡Buster, amor mío! Perdóname por haberte dejado marchar. Ya no me separaré de ti nunca.

Después añadió cogiéndole del brazo y tirando de él:

—Vamos. Todos te esperan con los brazos abiertos. Todos esperan al héroe.

Buster, trémulo de emoción, se dejó conducir por la dulce mano de Sally.

De pronto se vió en una calle repleta de multitud. Se oyeron vítores, comenzaron a caer flores y serpentinas. El clamoreo de la muchedumbre atronaba el espacio.

Buster se quitó la gorra y comenzó a saludar dando las gracias.

No vió que a su lado iba un automóvil y que lo ocupaba Lindbergh.

No sabía que el héroe del aire acababa de regresar de Europa después de su vuelo inolvidable sobre el Atlántico.

No lo supo nunca. Pero aunque lo hubiera sabido, en nada habría menguado su felicidad.

Sally era su esposa. El era el primer camarero de la M. G. M.

F I N

Hoy ha salido
el quinto cuaderno
de la deliciosa novela en veinte
cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Formidable éxito

¡La novela que todos, aman-
tes o no amantes del cine,
leerán con deleite!

Inmejorable presentación
Buena literatura
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos

FORMIDABLE ÉXITO

La Novela Eva

Publicación semanal
de novelas modernas

Números publicados:

1. La rubia del taxímetro
por Domingo de Luzmayor
2. La manicura que no sabía
decir que no
por Lili
3. Santa Madrona
(aguarda de los barrios bajos barceloneses)
por José Reygadas
4. Impresión... eléctrica
por Lina
5. Encarna, la enigmática
por Dora

Mañana:

Casada... y como si nada
por Don Nadie

Ilustraciones en el texto
Precio: 30 céntimos
¡LA NOVELA DEL DÍA!

L
a
N
o
v
e
l
a

p
a
r
a

T
o
d
o
s

Números publicados:

1. Mary la buena, Mary la mala
por Manuel Rénkin Solamayor
2. La que no pudo ser mala
por Sara Insúa

Mañana:

La estrella de los montes
por R. Merchán Vargas

COLABORACIÓN SELECTA
Bellos asuntos inéditos
¡LA NOVELA DEL DÍA!

Precio: 30 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Dietos, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Caños, 1

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!**

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

Esto es el cielo

La senda del 98

Acaba de aparecer:

Espejismos

por Marioc Davies y William Haines

En preparación:

Evangeline

por Dolores Del Río

Precio: 1 peseta

E. B.